

The background of the entire page is a detailed illustration of a religious scene. In the center, a bearded man with long hair, wearing a white and gold robe, sits on a throne. He has a large, glowing golden halo. He is surrounded by several other figures, also with glowing halos, who appear to be in a state of prayer or devotion. The setting is a dark, cavernous space with greenish light filtering through. The overall mood is solemn and sacred.

DIABLO®

VESSEL OF HATRED™

Cuando Akarat llegó a Nahantu

UN RELATO CORTO DE
MATTHEW J. KIRBY

Historia

MATTHEW J. KIRBY

Ilustraciones

RICHARD ANDERSON

Edición

CHLOE FRABONI

Diseño y dirección de arte

COREY PETERSCHMIDT

Asesoría de universo

IAN LANDA-BEAVERS

Asesoría creativa

NICK CHILAN, GABRIEL LING, DAVID LOMELI,
ELENI RIVERA-COLON, DAVID RODRIGUEZ

Producción

BRIANNE MESSINA, AMBER PROUE-THIBODEAU,
CARLOS RENTA

Agradecimientos especiales

ROD FERGUSSON

Localización

MANUEL MATA ÁLVAREZ-SANTULLAN,
ÁLEX NIELSEN



Blizzard.com

© 2024 Blizzard Entertainment, Inc. Blizzard y el logotipo de Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas registradas de Blizzard Entertainment, Inc. en EE. UU. u otros países.

Publicado por Blizzard Entertainment.

Esta historia es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del autor o artista o se utilizan de manera ficticia, y cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, establecimientos comerciales, eventos o lugares es mera coincidencia.

Blizzard Entertainment no controla y no asume responsabilidad alguna de los sitios web del autor o de terceros, ni de su contenido.

Cuando Akarat llegó a Nahantu

Aquí empieza la historia de Akarat y el lobo.

La verdad sobre ella la conocen los que han transitado los reinos de la carne y del espíritu. Esta es nuestra historia. Nos la otorgaron nuestros ancestros, que la recibieron de sus ancestros, que a su vez la escucharon de los suyos, que son los que la recibieron de los Devotos de Akarat que fueron testigos de los hechos. Se cuenta entre los espiritualistas de Nahantu, sean los umbaru de la selva o Teganze en las llanuras, aunque la sabiduría que contiene es propiedad de todos. Son muchos los que la han olvidado, y eso ha permitido que los perversos le saquen partido en beneficio de su orgullo o de sus ansias de gobernar.

Atended, hijos de Nahantu. Atended, herederos de Santuario. Atended a la verdadera historia de Akarat. Atended, vosotros que os habéis puesto por encima de la gente como buscadores de la luz y profanadores de los deseos de Akarat. Atended, vosotros que preparáis el camino de la luz para después cobrar un peaje en nombre de Akarat. Atended a la verdad, sirvientes inconscientes, u os consumirá el Odio.

Cuando Akarat llegó a Nahantu, no lo hizo envuelto en esplendor. No hubo un palanquín que lo llevara por las calles de Kurast y no recibió alabanza o adoración algunas. Nadie lo buscaba. No lo predijo una profecía. Y si hubiera habido alguna profecía, nadie le habría dado crédito, ya que la fe de los habitantes de Nahantu era

escasa en aquellos tiempos. Una enfermedad infectaba la tierra. Habían invadido las frondosas selvas tropicales y los fructíferos campos. Las bestias eran salvajes y voraces. La corrupción había echado raíces y se propagaba como una úlcera infecta. Cuando se abrieron las semillas del azote, la tierra se pudrió y se volvió venenosa. La peste doblegó incluso a los animales pacíficos, que empezaron a ansiar sangre. Retorció los manglares y abrasó las llanuras. Parecía como si una maldición se hubiera apoderado de Nahantu. Dejó a la gente en la ruina, hambrienta y desesperada.

Muchos umbaru huyeron de la fatalidad que se cernía sobre ellos para buscar refugio en tierras extrañas y lejanas. La madre de Akarat estaba entre estos emigrantes, lo que explica su nacimiento en Xiansai, que es el lugar de donde procedía su padre. Y así, su llegada a Nahantu implicó también un regreso.

Lo acompañaba Ysevelte, esperanzada y caritativa, también conocida como la Primera Devota de Akarat. La suya era una vieja amistad, y se querían desde la infancia como si fueran hermanos. Su vínculo era tan profundo que, cuando Akarat se marchó de Xiansai, Ysevelte se fue con él y permaneció a su lado como compañera fiel durante todos sus viajes por Kehjistan. Otras tres personas acompañaron a Akarat y a Ysevelte hasta Nahantu: Adavin el cartógrafo, la ingeniosa Istabela y la inquebrantable Guilla.

Los cinco cruzaron el poderoso río Argentek, donde los desiertos de Kehjistan dan paso a las retorcidas parras de Nahantu. A medida que se aproximaban a la otra orilla, las aguas bajo la esbelta embarcación comenzaron a fluir con mayor lentitud y a mostrar señales de putrefacción; parecía oscurecida por sombras y sangre. Akarat sostenía entre sus manos una pequeña talla de jade, una de las pocas pertenencias que se había llevado de Xiansai. Su brillo parecía remitir bajo la frondosa selva y la débil luz del sol. Se llevó la figura al pecho.

—¿Maestro? —dijo Adavin.

Akarat respondió con paciencia.

—Como ya te he dicho muchas veces, Adavin, no soy tu maestro. Ambos somos buscadores de la luz.

Adavin sacudió la cabeza.

—Claro. Perdóname, maestro.

Akarat suspiró y miró a su Devoto.

—Formula tu pregunta.

—¿Qué es eso que llevas?

Los demás dejaron de remar y guardaron silencio. Istabela, igual que Guilla, también se había fijado en la figura, pero a ninguna le había parecido oportuno hacer preguntas. Ysevete sabía la respuesta a la pregunta de Adavin, pero esperó a ver cómo respondía Akarat.

—Era de mi madre —dijo este—. La llevo desde que me marché de Xiansai. Tengo la esperanza de dejar esta parte de ella en la tierra de sus antepasados. —Miró hacia el pantano—. Ahora que estoy aquí, me doy cuenta de que no querría que viese lo que ha ocurrido.

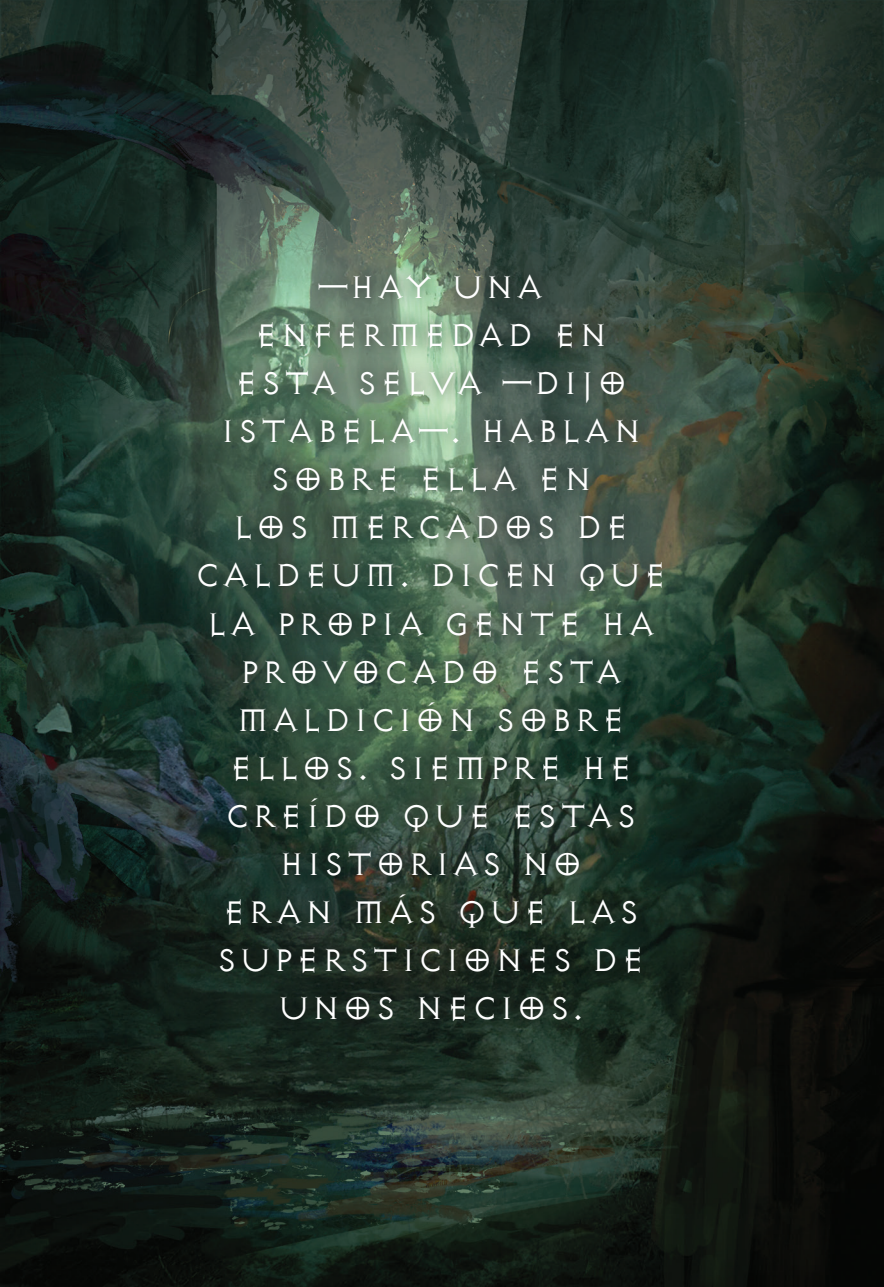
—Hay una enfermedad en esta selva —dijo Istabela—. Hablan sobre ella en los mercados de Caldeum. Dicen que la propia gente ha provocado esta maldición sobre ellos. Siempre he creído que estas historias no eran más que las supersticiones de unos necios.

—Quizá lo sean —dijo Ysevete—. Mi padre diría que la superstición culpa a la víctima por su enfermedad en lugar de responsabilizar a la dolencia.

—Sabias palabras —dijo Akarat mientras guardaba la figura de jade.

Su barco llegó a la orilla y desembarcaron. No tuvieron que avanzar demasiado para que los Devotos comenzaran a perder el ánimo. Un miasma asfixiante les nublabla la vista y les inundaba el pecho con cada aliento, encogiéndoles el corazón. Sus fuerzas decaían bajo el opresivo peso que se cernía sobre sus mentes, como si la mismísima selva odiara su presencia. Sus pies y su valor flaquearon en el fango. Solo Akarat siguió avanzando, impávido. Los Devotos intentaron seguirlo, pero eran incapaces de mantener su ritmo.

Akarat se fijó en que tenían dificultades. Vio cómo temblaban. Les dijo que se detuvieran. Se sentó en un tocón putrefacto y comenzó a quitarse el calzado, cosa que confundió a sus Devotos.



—HAY UNA
ENFERMEDAD EN
ESTA SELVA —DIJO
ISTABELA—. HABLAN
SOBRE ELLA EN
LOS MERCADOS DE
CALDEUM. DICEN QUE
LA PROPIA GENTE HA
PROVOCADO ESTA
MALDICIÓN SOBRE
ELLOS. SIEMPRE HE
CREÍDO QUE ESTAS
HISTORIAS NO
ERAN MÁS QUE LAS
SUPERSTICIONES DE
UNOS NECIOS.

—¿La curandera de la aldea es capaz de evitar que sus manos se manchen de sangre? —les preguntó.

Los Devotos se miraron unos a otros y respondieron al unísono:

—No.

—En efecto —dijo Akarat con una sonrisa—. No sería muy competente, si fuera capaz. Yo no me fiaría de una curandera con las manos limpias. —Acto seguido, dejó a sus Devotos boquiabiertos al ponerse en pie y hundir los pies en el barro nauseabundo—. Para poder cerrar la carne desgarrada, para limpiar una herida abierta y calmar a las víctimas de la fiebre y la peste, el curandero debe tocar la corrupción. No sé qué mal mora en esta tierra, pero pienso en la sabiduría del padre de Yseve y recuerdo que la tierra no es malvada. —Dio pasos hacia delante y hacia atrás, hundiendo sus pies en el barro con la alegría de un niño—. Siempre que pongo las plantas de los pies en la tierra de Santuario, puedo sentir su luz interior. Estoy conectado a ella incluso en este lugar olvidado. Vosotros también. Debéis intentar sentirla.

—¿Puedo dejarme los zapatos puestos? —preguntó Adavin, lo que provocó una risa afable en los demás.

—Puedes. —Akarat sonrió—. Tus zapatos no serán una barrera para la luz, ya que esta se halla en todos nosotros.

Después, las mentes y los corazones de los Devotos se calmaron. Buscaron la luz de su interior y, gracias a su fulgor, fueron capaces de ver la de Nahantu. Vieron que quería fluir tan caudalosa como sus ríos y corrientes, pero sus cursos naturales habían sido obstaculizados, estrangulados y contenidos por la corrupción.

—¿Qué veis? —les preguntó Akarat—. ¿Comprendéis por qué estamos aquí y lo que debemos hacer?

—Lo comprendemos —dijeron Istabela, Adavin y Guilla.

Pero Yseve añadió:

—Yo noto algo distinto. Aquí hay algo más. La luz es diferente. Parece como si estuviéramos cruzando la superficie de un océano profundo.

Akarat asintió.

—Quizá sea porque tu padre era de Nahantu, como mi madre. Yo noto lo mismo que tú. Todavía no sé qué significa. Me gustaría conocer la respuesta a muchas preguntas, pero no las encontraremos aquí. Venid.

Los llevó a lo profundo de la selva. Intentaron encontrar y seguir todos los senderos posibles, pero ninguno aguantaba lo suficiente frente a las avariciosas parras y la tierra en constante cambio. Los caminos que descubrían no tardaban en desembocar en el pantano o desaparecían engullidos por la impenetrable maleza, lo que los obligaba a dar la vuelta para buscar otra ruta.

Adavin fue incapaz de ocultar su frustración:

—Dibujaré un mapa de este lugar para ayudar a otros viajeros.

—Tienes un gran talento para ello —dijo Akarat—. Pero me temo que cualquier mapa de estas tierras cambiantes se quedará anticuado antes de que puedas completarlo.

Las criaturas se ocultaban, siseaban y se retorcían en las aguas a su alrededor, ocultas salvo por la extensión de sus amplias estelas o por el repentino chapoteo de algo grande bajo los residuos de la superficie. Los mosquitos les picaban en el cuello y la cara para chuparles la sangre. Las telas de unas grandes arañas se extendían en las ramas sobre sus cabezas. Lejos, en la distancia, aullaban y rugían unas bestias ahogando los gritos de una presa moribunda. La tierra se oponía a su paso, y la marcha era dura. Los Devotos seguían notando la implacable presencia del mal, pero la luz les daba fuerzas. Nahantu les daba fuerzas.

El día murió bajo el dosel de la selva para dar paso a la noche, que apareció rápidamente para devorar su cadáver con una oscuridad tan profunda como nunca habían visto los Devotos. Todo eran sombras. Tenían la esperanza era haber encontrado un asentamiento o una ciudad para entonces, ya que eran plenamente conscientes del peligro de pasar la noche a la intemperie. La antorcha de Istabela les permitió seguir avanzando, pero, al poco tiempo, un enjambre de roedores infernales cayó sobre ellos.

Las criaturas que salieron de los árboles eran grandes como perros y babeaban y proferían chillidos desde sus morros chatos.



EL GUERRERØ
RESØPLÓ.

—SØLØ LØS NECIØS
Y LØS MALVADØS
VIAJAN PØR LA
SELVA AL CAER LA
NØCHE.

—NØ SØMØS
MALVADØS —DIJØ
AKARAT—. PERØ NØ
DIRÉ NADA SØBRE
NUESTRA SENSATEZ
Y SABIDURÍA.

Antes de que sus garras y dientes alcanzaran a los Devotos, Akarat alzó la voz y ordenó:

—¡Atrás!

Su espíritu era tan fuerte y él estaba tan lleno de luz que las bestias detuvieron su carga, confusas pero no asustadas, y todavía decididas a atacar. Los Devotos aprovecharon este momento para sacar las armas.

En aquellos tiempos, Adavin llevaba un arco. Istabela seguía prefiriendo los cuchillos que tenía escondidos, algo que no había cambiado desde sus años como ladrona, antes de conocer a Akarat. Guilla luchaba con un bastón que habían transmitido de generación en generación los magos de su familia. Ysevette blandía una maza dorada cuya cabeza tenía forma de sol. Akarat empuñaba la luz y la espada ondulada que llaman flamberge. Cuando los animales recuperaron su coraje y atacaron, se encontraron con que su presa estaba preparada para defenderse. Adavin apuntaba y acertaba con sus flechas. Istabela apuñalaba y sajava con sus cuchillos. Guilla e Ysevette machacaban y aplastaban a sus enemigos. Akarat ardía. Los Devotos lucharon bien, pero parecía que pronto se verían arrollados dado el tamaño de la horda.

En ese momento, un poderoso guerrero umbaru se unió a la batalla. Muchas bestias murieron rápidamente por su lanza, un arma que parecía debilitar el ansia de sangre del enjambre, así que el ímpetu de su ataque se desvaneció. Los roedores que fueron capaces de huir se retiraron a la oscuridad.

Antes de que los Devotos pudieran darle las gracias al guerrero umbaru por su ayuda, este apuntó a Akarat con la lanza.

—¿Qué eres? —preguntó.

Los Devotos acudieron prestos a defender a su maestro, pero Akarat los disuadió con una mirada calmada. Envainó la espada y levantó ambas manos, vacías.

—Me llamo Akarat —dijo—. Solo somos viajeros.

El guerrero resopló.

—Solo los necios y los malvados viajan por la selva al caer la noche.

—No somos malvados —dijo Akarat—. Pero no diré nada sobre nuestra sensatez

y sabiduría.

—Que vayas descalzo por el agua contaminada ya lo dice todo —dijo el guerrero.

Akarat se echó a reír.

—¿Y qué hay de ti? ¿Acaso no estás aquí en la selva, con nosotros? Está claro que no eres malvado, y no me parece que seas un necio.

El guerrero mantuvo su aire cauteloso, pero parecía contento de que Akarat y los Devotos no quisieran hacerle daño. Apartó la lanza.

—Estaba buscando a mi hermano. Esperaba que hoy regresara de una aldea vecina, pero no ha habido ni rastro de él ni ha dado señales de vida.

—Podríamos ayudarte a buscarlo —dijo Yseveté.

El guerrero recibió su propuesta con sorpresa y sospecha.

—¿Por qué le ofreces ayuda a un desconocido para encontrar a otro?

Yseveté respondió:

—Para ti somos desconocidos, pero nos ayudaste en el combate. Si necesitas ayuda, se te ofrece.

—Eso es cierto —dijo el hombre—. Si decís la verdad, os agradeceré vuestra ayuda. Pero hay poco que hacer hasta que amanezca. Hay criaturas más peligrosas por aquí, y el olor de la muerte las atraerá.

—Entonces, te ayudaremos con la búsqueda mañana y con la luz de un nuevo día —dijo Akarat—. ¿Cómo te llamas?

—Soy Tusega —respondió el hombre antes de contemplar la matanza que habían sembrado a su alrededor—. Me duele tener que matar a estas pobres criaturas. En las historias antiguas solo comían hojas y hierba. Eran tímidas y tenían un espíritu pacífico. No es culpa suya que la las haya enloquecido la semilla demoníaca.

—¿Qué semilla demoníaca? —preguntó Guilla.

—La odiosa enfermedad que infesta este lugar no proviene de Nahantu —dijo Tusega.

—Tienes razón —dijo Akarat, acosado de pronto por pensamientos inquietantes, ahora que su gran y último enemigo había comenzado a darse a conocer—. Esta

corrupción está llena de Odio.

—¿Qué te aflige? —le preguntó Ysevete. Era la que mejor conocía a Akarat y la única capaz de interpretar sus estados de ánimo.

—Nada que tú debas acarrear —contestó Akarat.

A continuación, Tusega guio a Akarat y a los Devotos hasta su aldea, donde descubrieron que era un hombre importante entre los suyos como sanador y como líder. Invitó a Akarat y a los Devotos a su casa, que estaba llena de hierbas, raíces y flores de todo tipo con las que fabricaba bálsamos y pociones.

—Veo que eres un hombre con grandes conocimientos y habilidades —dijo Ysevete.

—Los elixires que destilo son solo una pequeña parte del arte de la sanación —contestó Tusega.

—¿Y cuál es la mayor? —preguntó Ysevete.

—El espíritu —respondió el otro—. Si el espíritu está roto, mis remedios no harán mucho.

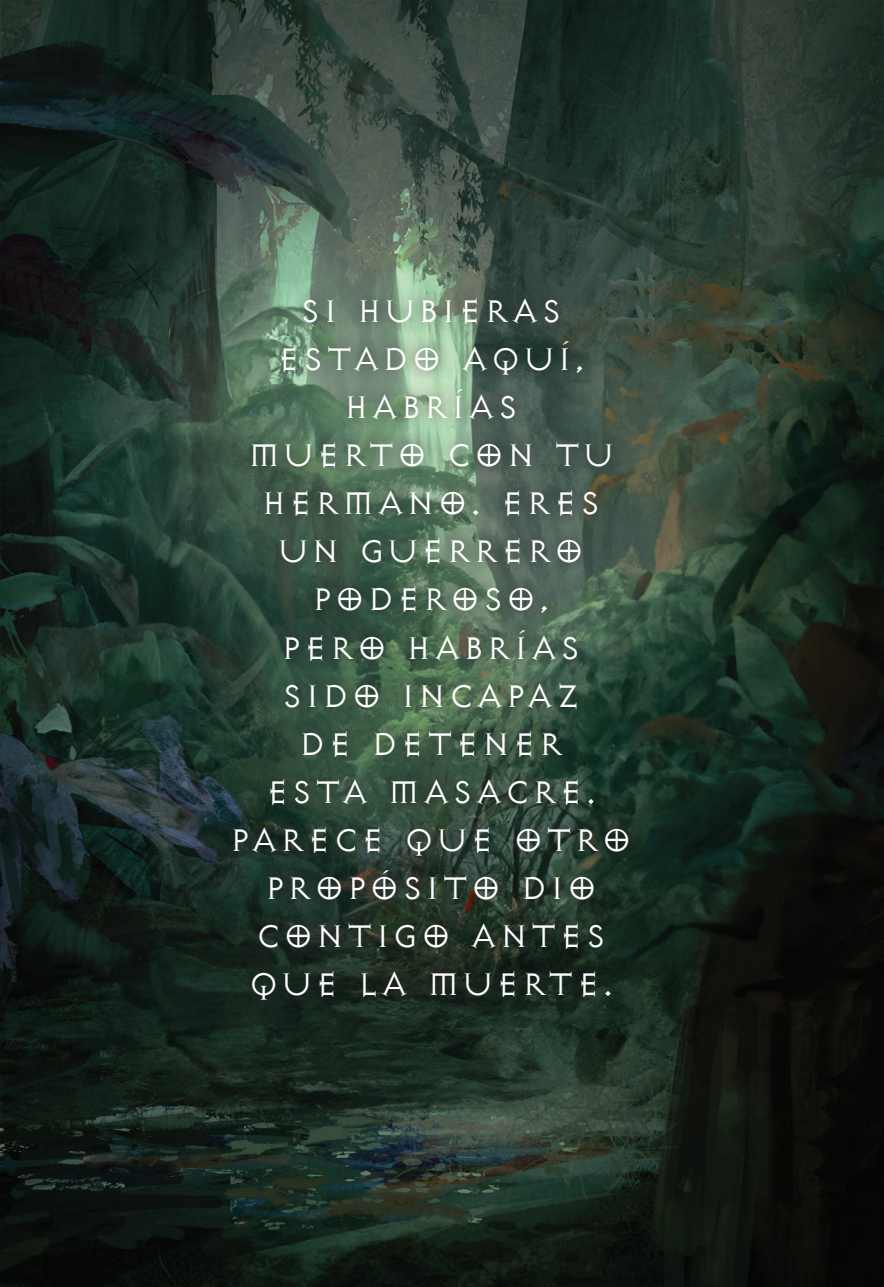
Sus palabras complacieron a Akarat, que creía que la luz lo había guiado para que conociera a Tusega. No obstante, tendría que pasar más tiempo hasta que Tusega descubriera que la luz lo había guiado hasta Akarat.

A la mañana siguiente, se adentraron en la selva para buscar al hermano de Tusega y los Devotos vieron una Nahantu nueva a través de sus ojos. Tusega les enseñó a encontrar los senderos más secos y a transitar por ellos. Les enseñó a evitar el limo movedizo en el que un viajero descuidado podría hundirse para no ser visto nunca más. Les mostró las plantas que eran comestibles y las que podían matarlos en un abrir y cerrar de ojos. Les enseñó a escuchar a las bestias cuando están listas para atacar para así poder evitarlas y no caer en la violencia innecesaria. Les enseñó a ver Nahantu tal y como era antes.

—¿Por qué te quedas cuando tantos han abandonado este lugar? —le preguntó Guilla.

Tusega se lo pensó un rato antes de contestar.

—Me quedo porque sigo percibiendo el espíritu de esta tierra, que es más fuerte



SI HUBIERAS
ESTADØ AQUÍ,
HABRÍAS
MUERTØ CON TU
HERMANØ. ERES
UN GUERRERØ
PØDERØSØ,
PERØ HABRÍAS
SIDØ INCAPAZ
DE DETENER
ESTA MASACRE.
PARECE QUE ØTRØ
PRØPØSITØ DIØ
CØNTIGØ ANTES
QUE LA MUERTE.

que la semilla demoníaca.

—Yo también lo percibo —dijo Akarat—. Me sentí como en casa en cuanto nos adentramos en la espesura de Nahantu. Fue como si hubiera encontrado algo que no sabía que estaba buscando.

—Maestro, ¿qué es el espíritu? —preguntó Adavin.

—No lo sé —respondió Akarat—. Pero sé que puedo sentirlo.

—¿El espíritu es lo mismo que la luz? —preguntó Guilla.

—Yo diría que no —dijo Akarat—. Pero la luz me ha abierto los ojos ante el espíritu.

Continuaron la búsqueda del hermano de Tusega hasta llegar a una finca solitaria. Tusega quería preguntar a los que vivían allí si habían visto a su hermano. No tardó en darse cuenta de que nadie iba a responderle, ya que los habían asesinado hacía poco. Sus cadáveres mutilados yacían amontonados y envueltos en nubes de moscas. Su sangre empapaba el suelo. Istabela se arrodilló junto a los jirones de carne de lo que había sido un niño y se echó a llorar. Nadie pronunció palabra durante un largo rato. Estaban demasiado abrumados por el dolor y el horror. Fue entonces cuando Tusega encontró a su hermano entre los muertos. Le habían sacado los ojos y le habían arrancado la nariz y las orejas de la cara, pero lo reconoció por el collar de cuentas que llevaba al cuello. Akarat y los Devotos lo ayudaron a reunir a los muertos para entregárselos a las llamas de una pira como forma de darles paz.

—Siento tu pérdida y tu dolor, Tusega —dijo Akarat.

—Es culpa nuestra —añadió Istabela—. Si hubieras estado aquí en lugar de prestándonos tu ayuda, quizá lo habrías salvado.

Tusega sacudió la cabeza.

—Si mi hermano os hubiera encontrado, habría hecho lo mismo que yo. Murió luchando por su gente y sin remordimientos.

Guilla, furiosa por lo que les había ocurrido a los muertos, añadió:

—Si esta gente hubiera luchado con el poder de la luz, tal vez hubieran sobrevivido.

Pero Akarat la calmó con estas palabras:

—La luz es incapaz de frenar el sufrimiento y la muerte. Ese no es su poder y tampoco es el motivo por el que la buscamos. —Se volvió hacia Tusega—: Si hubieras estado aquí, habrías muerto con tu hermano. Eres un guerrero poderoso, pero habrías sido incapaz de detener esta masacre. Parece que otro propósito dio contigo antes que la muerte.

—¿Qué propósito? —preguntó Tusega.

—Hemos venido a Nahantu para purificarla de la corrupción que la aflige —dijo Akarat—. Creo que puedes ayudarnos a conseguirlo.

—¿Cómo? —preguntó Tusega—. ¿Quién eres tú para enfrentarte a este mal?

—Yo no soy nadie —dijo Akarat.

Y así fue como Akarat le descubrió la luz a Tusega, mientras le pedía que le mostrara una de las semillas demoníacas con las que se había propagado la corrupción de Nahantu. Akarat y sus Devotos arrojaron la luz sobre las retorcidas raíces de la semilla del Odio, y el gran mal que contenían fue incapaz de aguantar su poder. Las raíces se marchitaron y la semilla desapareció. Testigo de esto, Tusega se convirtió en el quinto Devoto de Akarat. Después, se encargó de guiar a Akarat y a los demás a través de la selva en busca de las semillas del Odio. Juntos se enfrentaron a muchos peligros, sobrevivieron a experiencias terribles y aguantaron incontables tribulaciones, pero esas son historias para otro momento.

Con el tiempo, una pequeña parte de Nahantu comenzó a sanar, y todo gracias a la luz y al trabajo de Akarat y sus Devotos. Los rumores sobre este milagro llegaron hasta Caldeum, cuyos mercaderes dirigieron la mirada hacia el sur por primera vez en muchos años. Y repararon en las riquezas y parabienes que ofrecía la selva. Así, una joven noble y educada de una familia adinerada y poderosa viajó hasta allí en busca de oportunidades comerciales. Acudió a Nahantu, pero no por decisión propia, sino por obediencia, para cumplir las obligaciones de una vida planificada por otros. No obstante, le joven seguía albergando un corazón amable, una mente curiosa y un espíritu esperanzador. Al oír los rumores sobre Akarat, salió en su busca, aunque la luz ya guiaba sus pasos.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Akarat.

—Jualin —dijo le joven.

Gracias a la luz, Akarat vio a Jualin con gran claridad.

—Eres como un águila en una jaula —dijo—. Deberías estar surcando los cielos, pero no puedes ni extender tus alas. ¿Quieres ser libre?

La verdad de las palabras de Akarat aturdió a Jualin, que se echó a llorar y dijo:

—¿Cómo sabes esto, cuando soy una desconocida para ti e incluso para mí misma?

—Nadie es desconocido en la luz —dijo Akarat.

—¿Puedes liberarme? —preguntó Jualin.

—No —dijo Akarat—. Aunque es verdad que eres prisionera, también eres tu propia carcelera. No puedo liberarte si eres tú quien tiene la llave.

—Entonces, ¿cómo lo hago? —preguntó Jualin.

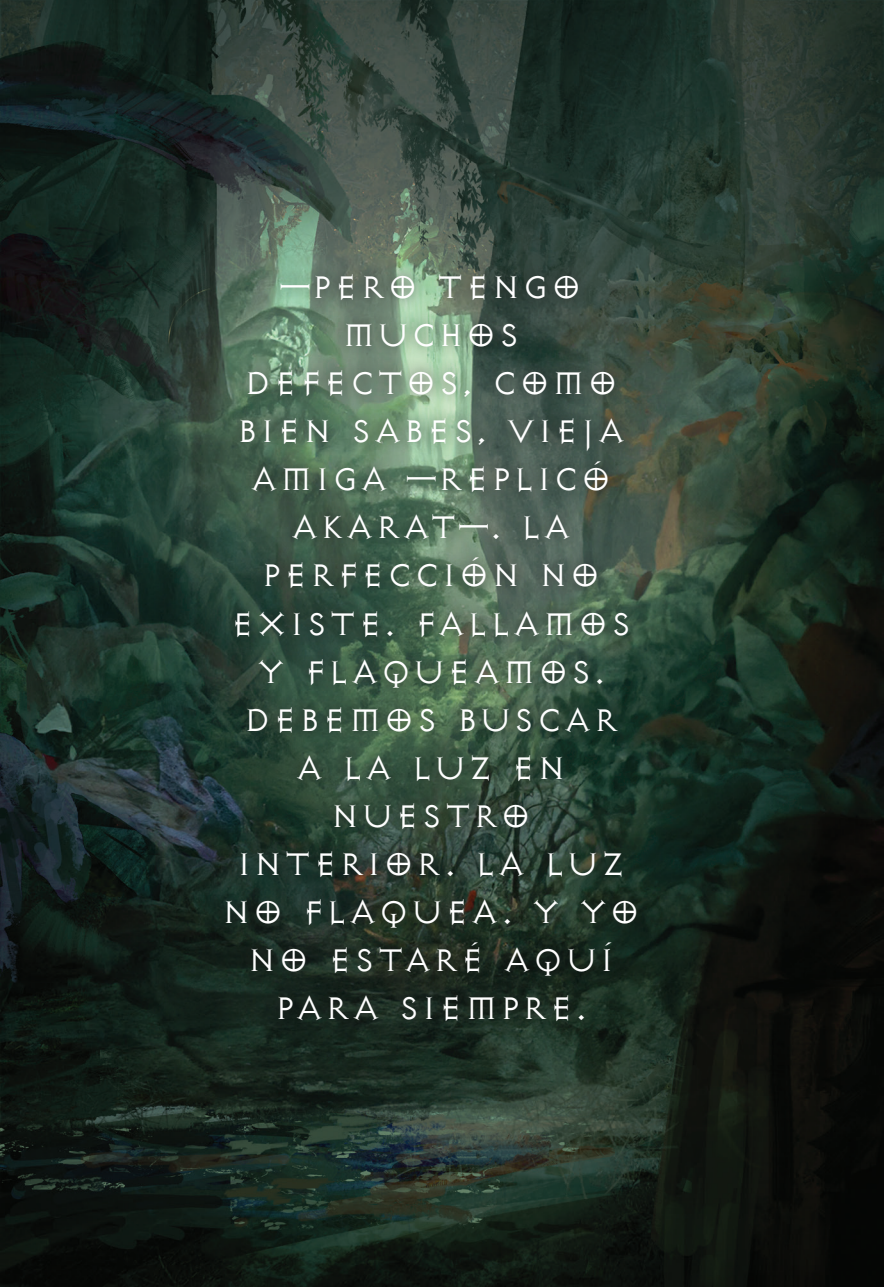
—La respuesta está en tu interior —dijo Akarat.

Puso las manos sobre los ojos de le joven. Fue en esa oscuridad donde Jualin encontró la luz por primera vez y vio el mundo de nuevo.

Y así, Jualin dejó atrás el mercado y el comercio para convertirse en el sexto Devote de Akarat, el más joven. Se unió al resto en su incansable esfuerzo por sanar Nahantu hasta que al fin las aguas fluyeron una vez más con tonos verdes y azules, la fruta de los árboles trocó su amargura en dulzor y los animales volvieron a los lugares que les correspondían. El viento y la lluvia se llevaron el infecto hedor a maldad, y los perfumes naturales de la vida y la muerte volvieron a resurgir como el canto de los pájaros entre los árboles.

Cada anochecer, Tusega se quedaba en su puerta, aspiraba hondo y se maravillaba ante su belleza. Una noche dijo:

—A veces dudaba de las viejas historias. Algunos días me costaba creer que la tierra que describían hubiese existido. Pero ahora sé que nuestros antepasados decían la verdad. Por fin, la Nahantu que recuerdan las historias es *nuestra* Nahantu. Por fin, la Nahantu de mis sueños permanece incluso tras despertar, y ya no debo temerle al dolor del amanecer.



—PERO TENGO
MUCHOS
DEFECTOS, COMO
BIEN SABES, VIEJA
AMIGA —REPLICÓ
AKARAT—. LA
PERFECCIÓN NO
EXISTE. FALLAMOS
Y FLAQUEAMOS.
DEBEMOS BUSCAR
A LA LUZ EN
NUESTRO
INTERIOR. LA LUZ
NO FLAQUEA. Y YO
NO ESTARÉ AQUÍ
PARA SIEMPRE.

Akarat se alegraba por Tusega, pero su corazón seguía incómodo, como si un adversario invisible lo acechara. Sabía que un mal tan poderoso no caería tan fácilmente. Percibió que su labor aún no había concluido.

—Nahantu es valiosa —les dijo a los Devotos—. Para mí, es valiosa por encima de todo. Nos queda mucho que aprender aquí, y las cosas que Nahantu podría enseñarnos no se pueden aprender en cualquier otra parte de Santuario. Pero, para aprender una gran verdad, todos debemos ser dignos de ella.

Este desafío sembró dudas en todos los Devotos. No en la luz, sino en ellos mismos.

—Yo vengo de los desiertos de Kehjistan —dijo Guilla—. Dudo que Nahantu me reconozca, ya que mi familia no tiene raíces aquí.

La familia va más allá de la sangre —respondió Akarat—. Nuestro hogar es más que una casa. La familia pueden ser las personas que más nos hacen sentir en nuestro hogar, y nuestro hogar puede ser el lugar donde formamos nuestra familia. Tú formas parte de mi familia, Guilla, y yo soy de Nahantu.

—¿Qué secretos nos quedan por descubrir? —preguntó Istabela entonces.

—Nahantu no tiene secretos —respondió Akarat—. La verdad solo está oculta para aquellos que no están preparados para verla. Para aprender una verdad no hay que robarla, Istabela, ya que la verdad es un regalo.

—Maestro, he cartografiado nuestros pasos —replicó Adavin—. Aún nos quedan por explorar las regiones más al sur. Quizá sea allí donde debemos buscar la verdad que ahora ansiamos.

—Incluso tus preciosos mapas no son más que registros de lo que tú ya crees que es verdad —respondió Akarat—. Allí no encontraremos una nueva verdad. Debes confiar en tu brújula interna para que te guíe hacia la luz, ya que es ella la que desvelará la verdad.

—No pude salvar Nahantu hasta que llegaste tú —dijo Tusega entonces—. Todos mis esfuerzos fueron en vano. ¿Por qué debería la tierra confiar ahora en mí?

—Así como la más pequeña de las llamas de una vela está hecha del mismo fuego que el sol, el más nimio de los gestos bondadosos está hecho del mismo amor

que el mayor de los sacrificios —respondió Akarat—. La luz es la luz, Tusega, y la que se halla en tu interior ya te hace digno.

—Sois todos mucho más sabios y fuertes que yo —añadió Jualin en ese momento—. En comparación, yo soy una niña para la luz. No estoy preparada.

—Dos bellotas cayeron en el bosque —respondió Akarat—. Una llegó a parar cerca de una corriente y recibía directamente la luz del sol. Echó raíces con facilidad, bebió agua con avidez y creció. La segunda bellota cayó en un suelo más duro y a la sombra de árboles más viejos. Para beber, tuvo que excavar muy hondo con sus raíces. Para encontrar el sol, tuvo que extenderse. Un día se aproximó una gran ventisca con vientos violentos y granizo. Dime, Jualin, ¿qué árbol fue capaz de aguantar mejor la tormenta?

—El segundo —respondió Jualin.

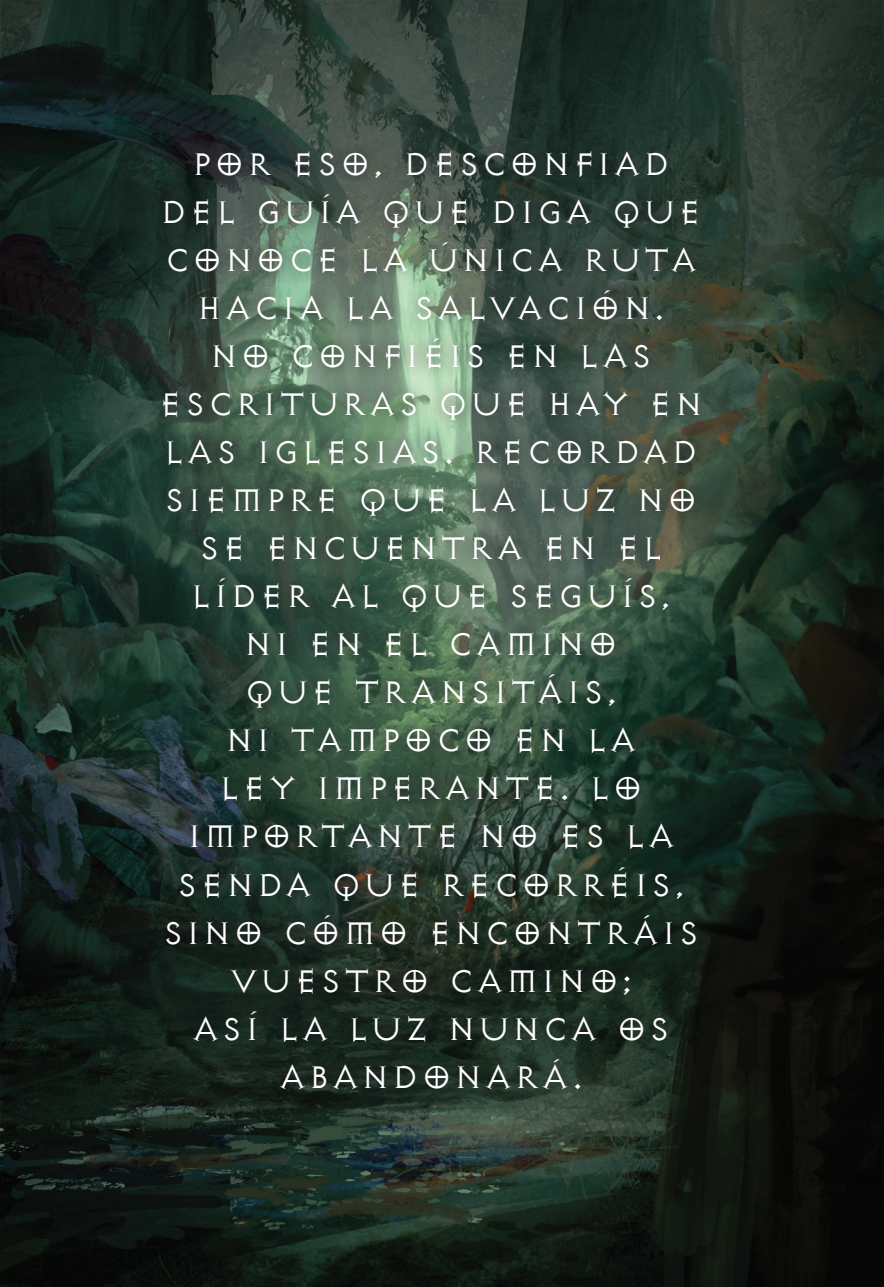
—Exactamente —dijo Akarat—. No hay crecimiento sin desafío, y son los desafíos los que te hacen más fuerte. Comenzaste tu vida siendo la primera bellota, pero luego elegiste la vida de la segunda. El mero hecho de que aún no sepas dónde está tu fuerza no significa que seas débil.

Entonces fue Yseve la que se dirigió a Akarat:

—Contigo todo es posible. Mientras seas tú quien nos lidere, seremos dignos de ti.

—Pero tengo muchos defectos, como bien sabes, vieja amiga —replicó Akarat—. La perfección no existe. Fallamos y flaqueamos. Debemos buscar a la luz en nuestro interior. La luz no flaquea. Y yo no estaré aquí para siempre. Ni tú tampoco, Yseve. Ninguno de nosotros vivirá para siempre, pero la luz en nuestro interior no puede morir.

Reconfortados y con fuerzas renovadas, los Devotos siguieron a Akarat. Durante ocho días ayunaron y escucharon la luz de su interior. Al noveno día se adentraron en la selva guiados por una floración de espíritus como si siguieran un río hasta su nacimiento. Llegaron a un claro en la selva que no aparecía en los mapas de Adavin. En nuestras historias llamamos a este claro Don de Nahantu, pues lo recibimos con gratitud y reverencia. Solo los espiritualistas sabemos lo que ocurrió allí y no

A dark, atmospheric forest scene with a beam of light filtering through the trees. The text is overlaid in white, uppercase letters with a unique font style.

POR ESØ, DESCØNFIAD
DEL GUÍA QUE DIGA QUE
CØNØCE LA ÚNICA RUTA
HACIA LA SALVACIØN.
NØ CØNFIÉIS EN LAS
ESCRITURAS QUE HAY EN
LAS IGLESIAS. RECØRDAD
SIEMPRE QUE LA LUZ NØ
SE ENCUENTRA EN EL
LÍDER AL QUE SEGUÍS,
NI EN EL CAMINØ
QUE TRANSITÁIS,
NI TAMPOCØ EN LA
LEY IMPERANTE. LØ
IMPØRTANTE NØ ES LA
SENDA QUE RECØRRÉIS,
SINØ CØMØ ENCØNTRÁIS
VUESTRØ CAMINØ;
ASÍ LA LUZ NUNCA ØS
ABANDØNARÁ.

hablamos de ello. Es demasiado sagrado y también es imposible, ya que no hay palabras lo bastante poderosas o amplias como para describirlo. Hasta el intento de hacerlo sería un menosprecio.

Esto es todo lo que se puede contar: tras mucha contemplación y mucho esfuerzo interno, Akarat encontró un reino espiritual al margen de nuestro reino carnal. Había estado con él desde que llegara a Nahantu, pero permaneció oculto hasta que estuvo preparado para verlo. Él fue el primero en cruzar la frontera.

En el Reino de los Espíritus encontró una tierra que no era tierra; un lugar que no estaba en ninguna parte y estaba en todas a la vez. Descubrió animales, plantas y todo tipo de seres. Algunos de ellos se parecían a las criaturas y a las cosas hechas de materia orgánica que conocía Akarat. Otros parecían extraños, como si hubieran comenzado su existencia pareciéndose a algo, pero luego hubieran ido más allá de los límites de sus formas terrenales. La peligrosa belleza de todo esto sumió a Akarat en el asombro y el desconcierto. Estuvo paseando por allí, ensimismado, hasta darse cuenta de que se había alejado mucho. Tenía miedo de haberse perdido en aquel lugar para siempre y no poder regresar nunca al reino de la carne, pero la luz lo llevó de regreso. Todo se lo contó a los demás al volver en sí en el claro de Nahantu. A los Devotos les costó comprenderlo.

—¿Este Reino de los Espíritus forma parte de Santuario? —preguntó Istabela.

Akarat se lo pensó un largo rato antes de responder.

—Creo que forma parte de Santuario tanto como los Mares Gemelos forman parte del Estuario. La tierra y el mar están unidos, siempre en contacto, pero, aun así, son distintos entre sí.

—¿Qué va primero en el orden de las cosas? —preguntó Adavin—. ¿La carne o el espíritu? ¿Santuario o el Reino de los Espíritus?

Akarat se encogió de hombros.

—¿El mar rodea la tierra o es la tierra la que contiene al mar? Solo sé que la luz brilla con la misma fuerza en el agua que en la tierra.

—¿Cuánto tiempo lleva con nosotros sin que lo viéramos? —preguntó Tusega.

—Quizá se formara cuando se creó Santuario —contestó Akarat—. Quizá

coabrara forma más tarde. Solo sé que es un lugar antiguo y, al igual que el mar, es inmenso y profundo, y no está carente de peligros.

Los Devotos quisieron ir a aquel lugar. Akarat les enseñó a hacerlo y pasaron días adentrándose en el Reino de los Espíritus. Los espiritualistas nacieron gracias a lo aprendido por los Devotos, pero estos últimos estaban tan cautivados por sus descubrimientos que no se dieron cuenta de que el mal había vuelto a Nahantu. En los confines de la selva, las semillas del Odio volvieron a crecer.

Tras su primer viaje al Reino de los Espíritus, Akarat empezó a preguntarse por qué lo había guiado hasta allí la luz y cuál era su propósito en aquel lugar. Con el tiempo descubrió a los poderosos seres que protegían ese reino y obtuvo una gran sabiduría de ellos. Entre esos espíritus destacaba Ah Bulan, que un día se presentó ante Akarat para hacerle una advertencia.

Ah Bulan le dijo que la corrupción había vuelto a la tierra de la madre de Akarat y que las semillas del Odio seguirían germinando hasta que Akarat encontrase y destruyese su origen. Al recibir esta advertencia, fue como si el adversario que había estado acechando en la mente y el corazón de Akarat saliera de las sombras. Y al fin entendió las últimas tareas que tenía por delante. Le dio las gracias a Ah Bulan, pero no les contó esta revelación a sus Devotos. En su lugar, les dijo que construyeran la Cámara de la Luz, un bastión que se alzaría entre el Reino de los Espíritus y Santuario. Sería un lugar seguro frente a todo mal, donde aquellos que buscaran la luz podrían encontrar protección y paz.

En la víspera del fin de los trabajos de construcción de la cámara, Akarat reunió a los Devotos para celebrarlo. Cantaron con voces rebosantes de luz. Bailaron, y la luz fluyó entre ellos desde las plantas de sus pies hasta lo alto de sus cabezas. Compartieron historias y recordaron todo lo que habían hecho juntos. Después, Akarat se puso en pie frente a los Devotos, sonrió con un amor y una alegría tan brillantes como las gemas más preciosas y se puso a recitar la Despedida de Akarat.

—Queridos amigos. Por la luz que veo en vosotros, veo la que hay en mí. Somos uno. Aunque nos distanciamos, debéis saber que estáis conmigo y yo estoy con vosotros, y nadie podrá separar lo que la luz ha unido. No obstante, hay un



Y SEVETE, QUE SEGUÍA
SIN ESTAR DE ACUERDO,
REPUSO:

—NO EXISTE NADA TAN
PURO COMO PARA QUE
EL ODIO NO PUEDA
CORROMPERLO, EXCEPTO
LA PROPIA LUZ.

poder capaz de dividirnos si permitimos que nos debilite y su nombre es Odio. Aunque esta noche celebramos lo que habéis conseguido, debéis recordar que no hay victoria contra el mal que dure para siempre, y por eso debéis permanecer en constante alerta. Recordad que, al igual que el óxido corroe pacientemente el hierro más duro, el Odio puede corroer el más recio de los corazones. Con el tiempo, el Odio corromperá las intenciones más nobles, romperá los lazos de compañerismo más fuertes y provocará que las sendas más justas se desvíen hacia las sombras. Los umbaru saben muy bien lo que hace la selva con los caminos, y los mercaderes de Caldeum son conscientes de lo rápido que las arenas del desierto borran sus rastros. Por eso, desconfiad del guía que diga que conoce la única ruta hacia la salvación. No confiéis en las escrituras que hay en las iglesias. Recordad siempre que la luz no se encuentra en el líder al que seguís, ni en el camino que transitáis, ni tampoco en la ley imperante. Lo importante no es la senda que recorréis, sino cómo encontraréis vuestro camino; así la luz nunca os abandonará.

A Ysemete le inquietó lo que dijo Akarat.

—Hablas como si te estuvieras despidiendo.

—Somos mortales y la vida es una incógnita —dijo Akarat mientras la abrazaba—. Cada palabra que decimos puede que sea la última, y cada despedida puede ser nuestro último adiós.

Los Devotos no se imaginaban sus vidas sin Akarat, así que desecharon cualquier preocupación que pudiera haber surgido en su interior y volvieron a disfrutar de la música y el baile. Pero la preocupación de Ysemete por su viejo amigo no desapareció. Aquella noche no le quitó ojo de encima y, cuando vio que se levantaba antes del amanecer y se adentraba a solas en la espesura, lo siguió para ver adónde iba y lo que iba a hacer.

Akarat viajó hasta las semillas del Odio que habían regresado. En el lugar donde habían germinado, la selva volvía a estar tal y como la encontraron sus Devotos y él cuando acababan de llegar a Nahantu. Una bilis negra y nociva que fluía desde un manantial lejano e infernal lo deformaba todo.

Akarat empezó a purgar las semillas del Odio mientras avanzaba y limpiaba

la tierra una segunda vez. Ysevete lo habría ayudado, aunque eso implicara que la descubriera, pero su luz era lo bastante potente sin ella. De nuevo, cuando los animales de la selva enloquecidos por la bilis lo atacaron, habría salido para ayudar a Akarat, pero a él no le hacía falta. Fueran serpientes, pájaros o poderosos gorilas, no luchó contra las criaturas enfermas, sino que las sanó con la luz. Así que Ysevete se mantuvo oculta. No quería que Akarat se aventurase a solas en la oscuridad, aunque su propio subterfugio la avergonzaba.

La selva era cada vez más frondosa. La corrupción, cada vez más poderosa. El aire que respiraba Ysevete parecía quemarle la lengua con el sabor del Odio. El mal de aquel lugar parecía lo bastante cercano como para aplastar su cuerpo y su alma. Estuvo a punto de huir, dominada por el miedo, pero encontró fuerzas mirando la luz. Siguió a Akarat y vio que entraba en una cueva tenebrosa, un lugar donde Ysevete sabía que moraba el responsable de la maldición de Nahantu. A pesar del poder de Akarat, temió por él. Nunca había sentido un mal de tal fuerza. Nunca había notado el tacto de un Odio tan ardiente en el corazón y la mente. Se extendía a través de la corrupción que la rodeaba y era lo bastante voraz como para engullir toda la selva.

En el interior de la cueva, Akarat se encontró con el lobo. Si hubiera sido un mero lobo de carne y hueso, lo habría sanado. Pero el lobo que tenía delante era una forma robada, poco más que un pellejo con el que se movía y hablaba un demonio. El sonido de su voz le heló la sangre a Ysevete. Sus palabras eran como latigazos. Le provocaban tal agonía que fue incapaz de moverse o hablar, pero el sufrimiento no resultó tan intenso como el dolor que sintió por no haber podido luchar junto a Akarat, aunque muchos han acabado por creer que fue la luz la que la detuvo para que pudiera sobrevivir y ser testigo de su sacrificio.

Se dice que la batalla de Akarat contra el lobo sacudió la tierra. Toda Nahantu tembló con aquel enfrentamiento. Los árboles cayeron, los ríos cambiaron su curso y los animales aullaron, barritaron y chillaron. Aunque Akarat luchó con uñas y dientes, enfrente tenía a un enemigo que no podía morir, mientras que él era un hombre mortal consciente de los límites de su fuerza. Al prolongarse la

batalla, comenzó a sentir en las extremidades el agotamiento de la carne al que todos estamos sujetos. Así que, en lugar de luchar hasta su último aliento y correr el riesgo de que su enemigo no cayese derrotado, Akarat decidió poner fin a la batalla en sus propios términos. Con una finta permitió que el lobo lo mordiera, pues era consciente de su hambre. El lobo le hincó sus dientes profundamente, lo que permitió que Akarat lo agarrase con una fuerza inflexible. Y entonces liberó la luz de su interior, que comenzó a brotar con un esplendor implacable, como si el mismo sol hubiese dejado su asiento en el cielo para bajar a aquella cueva.

El lobo aulló. Ardió. La luz le arrancó el pellejo de la cara y, por debajo, le carbonizó los huesos como si fueran de leña seca. Cuando la fuerza de Akarat se agotó y ya no fue capaz de seguir sujetando al lobo, lo soltó. El demonio huyó al fondo de la cueva y se adentró tanto en ella que llegó a los túneles que estaban en contacto con el reino desde el que había llegado. Nunca había sentido un dolor parecido. Nunca había experimentado un miedo parecido. Lo recordaría y, a partir del sustrato de ese recuerdo, su odio por Akarat y Nahantu no haría más que crecer.

Yseve corrió hasta Akarat, se arrodilló y lo abrazó mientras las lágrimas le regaban las mejillas. A Akarat no le quedaba vida suficiente como para poder hablar, pero, al morir, sonrió de alegría al ver a su querida amiga. La sonrisa permaneció en sus labios incluso al morir.

Yseve cargó su cuerpo hasta sacarlo de la selva, y no existe lamento en una lengua conocida capaz de describir el dolor que embargó a los Devotos.

—Le he fallado —dijo Yseve.

—Todos le hemos fallado —dijo Istabela.

—Yo no lo creo —dijo Jualin—. Aunque lo quisisteis durante más tiempo, yo lo quise tanto como vosotros, y creo que solo le estaremos fallando si no honramos su sacrificio.

—¿Cómo lo honramos? —preguntó Adavin.

—Ahora que Akarat ya no está —respondió Guilla—, su propósito recae sobre nosotros. Es nuestro deber garantizar que a todo el mundo se le ofrezcan la verdad y la protección de la luz.

—Sí —dijo Jualin—. Debemos dejar por escrito todo lo que nos enseñó para luego difundir su mensaje.

Sus palabras hicieron enfurecer a Ysevete.

—¿Quieres que nos pongamos a escribir? ¿La fiesta de anoche te ha atontado tanto que ya has olvidado lo que nos dijo? La senda de la luz no está en la ruta, sino en la manera de encontrar el camino.

—Míranos —dijo Istabela—. ¿Cómo vamos a enseñar a todo Santuario entre los seis?

—Entre los habitantes de Nahantu —intervino Tusega—, las historias antiguas han transportado la verdad generación en generación a través de la espesura del tiempo.

—Me parece una propuesta sabia —dijo Jualin—. Hablaremos sobre la verdad de Akarat y sus enseñanzas en historias, fábulas, obras de arte y canciones que se esparcirán como semillas al viento.

Ysevete, que seguía sin estar de acuerdo, repuso:

—No existe nada tan puro como para que el Odio no pueda corromperlo, excepto la propia luz.

—Eso es cierto —dijo Guilla—. Y por eso debemos garantizar que la luz está presente en todo lo que hacemos, para que lo proteja frente a la corrupción.

Istabela, Adavin y Tusega estuvieron de acuerdo con Guilla y Jualin. A pesar de sus recelos, Ysevete decidió no oponerse, y juntos empezaron a preparar el cuerpo de Akarat limpiando sus heridas y vistiéndolo. Ysevete buscó la talla de jade que había pertenecido a la madre de Akarat para que la tuviera en las manos durante su eterno descanso, pero no fue capaz de encontrarla. Seguramente se hubiera perdido en la selva durante la última lucha.

—Vamos a dar sepultura a su cuerpo en la Cámara de la Luz —dijo Ysevete—. Allí estará protegido frente a los que quieran profanarlo.

Y así, los Devotos llevaron el cuerpo de Akarat hasta el Reino de los Espíritus, donde completaron la Cámara de la Luz a su alrededor. Istabela preparó astutos resguardos y protecciones para custodiar su tumba. Los Devotos se despidieron

en cuanto todo estuvo preparado, pero pronunciaron sus palabras en privado; ni siquiera los espiritualistas saben lo que se dijo. Ysemete fue la última en marcharse tras pasar mucho tiempo a solas, sumida en la tristeza. Después sellaron el lugar de descanso de Akarat donde este yace aún, en la Cámara de la Luz, fuera del alcance de la corrupción y de la descomposición.

Aquí termina la historia de cuando Akarat llegó a Nahantu. He permitido que mis palabras se escriban, a sabiendas de que no es lo que Akarat habría querido, porque es muy grande su importancia. Lo he hecho por las mentiras que se han escrito. Si las palabras van a ser un campo de batalla, la verdad debe acudir a él. ¿Habéis atendido? ¿Vosotros que preparáis el camino de la luz para después cobrar un peaje en nombre de Akarat? Nunca se recorre demasiado un camino como para no poder volver atrás. Aunque el Odio os consuma, la luz en vuestro interior nunca desaparecerá. Dejad que os guíe de nuevo.